

VECINOS DEL MAR Y LA MUERTE



Aquest text és una reproducció d'un article aparegut al suplement del diari *El Periódico* el 4 de desembre de 1988 signat per Paco Candel (1925-2007), amb fotografies de Pepe Encinas. En aquest article, l'autor fa un repàs a les vivències dels veïns del barri, ja desaparegut, conegut com el Trascementiri.



Hasta hace poco, la cara oculta de Barcelona tenía su prolongación, entre otras miserias, en ciertos barrios de barracas que aún subsistían: La Perona, Francisco Alegre, Campo de la Bota, Trascementerio... En ellas vivían familias que, en muchos casos, no disponían de ningún tipo de ingresos o bien éstos eran muy reducidos. La mayoría de barracas existentes se hallaban en las calles de Francisco Alegre y Marià Lavèrnia, en el Carmelo. Desde 1980, el número de barracas había descendido progresivamente. Ese año se registraron 1.140 barracas. En 1981 había 1.117. En 1982 figuraron 17 menos. Al año siguiente sólo había 676. En 1984, la cifra bajaba hasta 416. En 1985 quedaban 355. Y en 1986 subsistían 331. Cuantas menos quedan, más difícil es derribarlas, pues las habitan personas con pavorosos problemas económicos, sociales y ambientales que impiden su incorporación a una vivienda normal.

La desaparición de muchos núcleos de barracas durante el franquismo obedeció a meros criterios estéticos o a necesidades urbanísticas más que a razones de justicia, como las barracas de la Diagonal cuando el Congreso Eucarístico, que dieron origen a los barrios del Polvorín y Can Clos, en lo que hoy es Zona Franca, y la más densa extensión de este tipo

de viviendas existente en la historia del barraquismo barcelonés, que eran las de Montjuïc, cuya demolición obedeció a una casual circunstancia originada por uno de los viajes de Franco a Barcelona. Habiendo visitado el castillo de Montjuïc, vio aquella especie de valle de Josafat chabolista a sus pies, y después de haber preguntado qué era aquello, dijo con su voz atiplada: «¡Que desaparezcan!» Y desaparecieron. Fueron aspiradas por las UVAS (Unidades Vecinales de Absorción Social), resultando, en la mayoría de los casos, peor el remedio que la enfermedad.

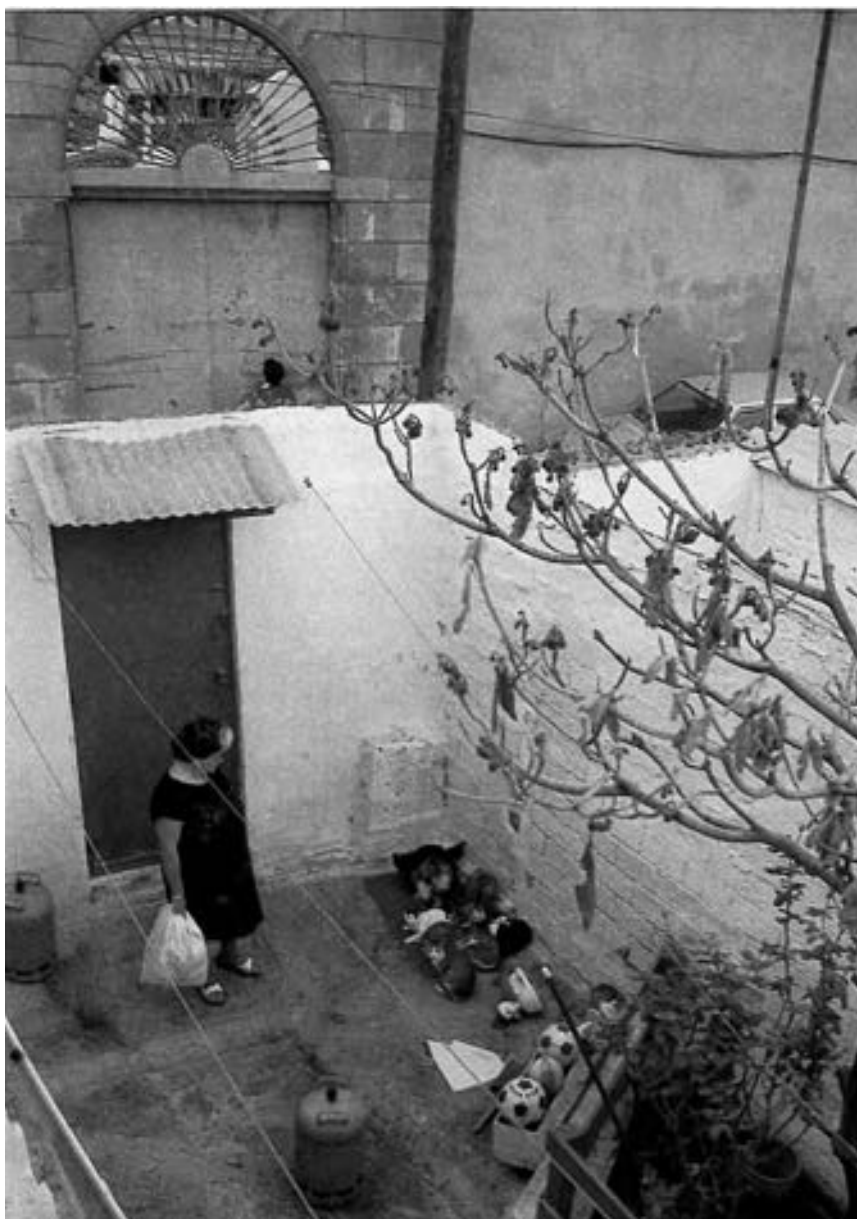
Ahora, con la Villa Olímpica, van a desaparecer las barracas del Trascementerio, más que por razones incluso estéticas, porque aquellos terrenos los necesita el deporte, o los servicios al servicio del deporte. Ojalá que aquí no sea peor el remedio que la enfermedad y que las viviendas que les otorguen a sus habitantes sean compensadoramente dignas y cómodas y económicamente asequibles. Sus vecinos confían en eso.

Uno no tenía idea de este grupo de barracas que, más que barracas, y aunque se las defina así, son casitas levantadas por los propios inquilinos o alquiladas a antiguos propietarios. Sus habitantes las llaman casetas. No teníamos idea porque quedan escondidas a la vista del público. Me llamó la atención su nombre, al dárseme la relación de los grupos citados, y las he visitado tres veces, las dos primeras con mi amigo Josep Maria Alegret, que vive en Poblenou y me hizo de introductor de embajadores, y la otra con el fotógrafo Pepe Encinas.

Según contaron los propios vecinos, algunas de estas casetas tienen más de 100 años. Hay gente mayor, dicen, que nació allí. Efectivamente, después hablaríamos con un señor de 73 años, cuyo padre era de Girona y su madre de Huesca. Había nacido allí. Sus nietos no, porque los hijos se le desperdigaron por otras latitudes barcelonesas.

Las barracas del Trascementerio son un fiel trasunto semántico de su ubicación geográfica, puesto que se hallan justo detrás del cementerio del Poblenou, entre la vía del tren y el muro funerario. A sus habitantes no parece impresionarles en absoluto la proximidad macabra y constante de aquel memento homo y memento mori: «Acuérdate, hombre, que eres polvo y en polvo te has de convertir.»

Al contrario, dicen. No hay vecinos más silenciosos y pacíficos que los muertos en unos momentos en que tanto ruido, guerra y murga mueven los vivos. Una señora, la señora María, le contaba, seria y filósofa, a Josep Maria Alegre: «Somos gente de paz porque estamos entre la vida y la muerte.» Con un brazo señalaba el mar y con el otro el cementerio. La señora María omitía la enfermedad, por más que nos explicaba los apuros que pasó con su hijo, cuando



de niño enfermaba a causa de la humedad que rezumaban las paredes y el suelo de su vivienda.

La señora María es viuda, cobra 20.000 pesetas de pensión, y por eso hace faenas en una farmacia. Habla castellano —la mayoría son catalanes—, pero ella vota a Puchol y desea que lo que escribimos —me veía anotar en una libreta— sirva para mejorar, aparte de para algo más. Los más viejos de las casetas hablan de que antaño aquello fueron casitas de pescadores, antes de que la línea férrea los separara de la playa de la Mar Bella. Y el señor de 73 años, Jaume Palomeras, en un catalán muy barcelonés, relata que todos ellos son gente trabajadora —quiere decir obrera—, lo mismo que lo fueron sus padres y sus abuelos. Él recuerda a las mujeres yendo a trabajar al Cànem —la fábrica de cáñamo— y a los hombres yendo a Metales y Platerías Ribera —la fábrica de culleres—, o Can Rivièrè.

El barrio lo componen 110 viviendas. Hace unos años derribaron 20, estaban en malas condiciones. Todo esto nos lo cuenta un muchacho joven llamado José Llàvoré, Jaume Palomares y algún otro que de vez en cuando interviene en la conversación. Estábamos en un pequeño bar. José Llàvoré también es catalán, como el señor Palomares, de padres y





abuelos catalanes, y habla con nosotros en catalán, pero dijo que se llamaba José, no dijo Josep. Insisten en que la mayoría de la gente del barrio es catalana, cosa no frecuente en este tipo de viviendas.

La antigüedad de Trascementerio hace factible este fenómeno. Los pocos inmigrantes que hay también son antiguos, y también se expresan habitualmente en catalán. El bar donde hablamos está en la calle principal y más larga del barrio, prácticamente la única calle, calle Darrera del Cementiri Vell. Enfrente se halla, cual muro de lamentaciones, la alta tapia de ese cementerio. Encima de ese muro crecen matojos resecos y raquíticos. Sobre la acera de esa banda hay coches aparcados. Cuando volví con Pepe Encinas, alineadas sobre la tapia o muro zureaban infinidad de palomas. Sin duda hubieran estado más en consonancia grajos o cuervos.

Antes de doblar la calle donde aparece la larga perspectiva de casitas, blancas en su mayoría, se ven muchas pintadas, tipo murales, artísticas, a lo largo de la pared del cementerio. Algunas han sido emborronadas, sobre todo las políticas. En la puerta de una vieja fábrica, unos carteles del Partit Humanista del Poblenou invitaban a unas jornadas de convivencia que ya se habían celebrado. Este partido ha ofrecido su apoyo, por si lo necesitaban, a los vecinos de Trascementerio.

Eran las 10.30 de un sábado por la mañana del pasado agosto y la larga calle, las callejuelas y los pasajes aparecían completamente vacíos. Sus habitantes insistieron mucho sobre la tranquilidad del barrio. Entre las edificaciones se veían pequeños solares abandonados, recuadros de escasos metros cuadrados, con restos de paredes y el suelo a medio enlosar. Eran las señales de donde estuvieron las viviendas derribadas. En lo que debió de ser patio o huertecillo, alguna higuera.

La higuera es el árbol del pueblo por antonomasia. En algún corredor de huertos y casetas se veían frondosos emparrados. Algunas de las viviendas tienen el aire de las antiguas torrecillas que aún se ven por Horta o Guinardó, tal tipo de arquitectura, concretamente las barandas de los terrados. Alguna tiene un piso encima, tipo palomar. Las ventanas ostentan rejas forjadas. Ciertas puertas son macizas, de madera labrada o claveteada. Muchas conservan el viejo número de los antiguos barraquistas, una

plaquita de hierro con cuatro cifras, disimulada bajo la pintura de la puerta.

Encima de los dinteles, el número callejero correspondiente capea estampado en un azulejo. Se adivinaban otras viviendas o dependencias por la parte de atrás. En aquel momento cruzaba raudo y ruidoso el tren y parecía que se deslizaba por encima de las casetas. Recovencos, rincones, huertos, cobertizos... Cada casita ostenta un tipo de construcción o de arquitectura; cada uno ha llevado a cabo en ellas sus mejoras y las ha dotado de domésticas calidades.

Estos buenos vecinos tienen ganas de explicar que estas casetas son de alquiler y de propiedad. Diez, por ejemplo, pertenecen a una misma mestressa, dicen. Pagan su contribución, agua, luz, teléfono el que lo tiene, basura y erradicación. Lo pagan todo, todo. Están archilegalizados.

Los alquileres, dentro de su variación, parece que no sobrepasan las 6.000 pesetas. Los hay de 5.000, algunos de 3.000 y de 2.000. El señor Palomeras va a buscar su recibo. Es de los que pagan poco, quizá por ser de los alquileres antiguos: 1.531 pesetas.

Y ahora, ¿cómo aceptan tener que marchar de allí? La mayoría desea irse. Los que tienen buena vivienda, no. Saben que difícilmente encontrarán un lugar tan apacible como aquél ni tan fresco en verano. Para demostrarnos la tranquilidad de que disfrutaban, aclaran que allí nunca han tenido problemas con la policía. Insisten e insisten en lo de la tranquilidad, pero en el pequeño bar hay una algarabía tan atroz que hablamos a gritos. Unos mozalbetes le cascan sin cesar a un futbolín y a una máquina de matar marcianos. Lo hacen con entusiasmo, mientras rugen comentando las jugadas.

El señor Palomares, un hombre que tiene problemas de corazón y lleva un parchecillo blanco en el pecho para no sé qué, es quien acabó llevando la voz cantante del corro. Una vez los de televisión le preguntaron sobre las olimpiadas y él les contestó que tenían que haberlas hecho en Calcuta, así no les marearían como les están mareando. ¡Bien les darán piso! ¡Oh!, eso de que se lo darán...

Él tiene 36.000 pesetas de paga como jubilado. Un alquiler de 1.500 pesetas lo puede soportar. ¿Qué alquileres les pondrán ahora? ¿Qué les harán pagar? ¿De dónde sacarán el dinero? ¿Tendrán en cuenta



si trabajas o no, si eres pensionista o qué? A ellos aún no les han dicho nada respecto a su situación. Por allí sólo han caído husmeadores. «No, si ahora saldremos en los periódicos más que nunca...»

Dejé de tomar notas. Todo son rumores y nada más. Unos dicen que les concederán vivienda, otros que les soltarán equis pesetas, a elegir. ¿Con cuánto les indemnizarán? Él, además, duda de que le adjudiquen un piso mejor que la vivienda que ahora tiene, una caseta con cuatro habitaciones, patio, cocina, comedor, cuarto de baño y terraza... ¿Queremos verla?

Vamos a su casa. A la derecha del pasillo están las habitaciones. Las paredes las recubrió de material plástico, imitación madera, para defenderse de la humedad. Se nota el olor a moho al entrar. Luego ya te acostumbras. En una consola hay un teléfono. La primera habitación, aunque no muy grande, es la más amplia; es como el comedor o sala de estar y donde tienen esa reina del hogar que es la televisión. En el respaldo de un sofá, una especie de manta o colcha de punto con los colores del Barça. En una de las paredes un banderín obiolista: «Yo (puño-rosa) a Obiols». Las otras tres habitaciones son dormitorios, uno con literas. Al final, el patio, un patizuelo iluminado por un tragaluz. La cocina parece relativamente grande. El cuarto de aseo se lo hizo él. En el cuarto de aseo, lavabo, ducha y váter. Con una escalera de mano, como las de albañil, suben al techo de la caseta, donde tienden la ropa, y aquello es la terraza. El hombre está orgulloso de su vivienda. ¿Dónde irá que tenga más por menos?

Curiosamente, a este señor y a los demás vecinos, no son las preguntas que vamos haciendo lo que les preocupa o lo que más les preocupa. Lo que les tiene a todos capficats —usaban esta expresión— es saber con qué clase de vecinos les mezclarán allá donde les

lleven. Barruntan que la paz y la tranquilidad de que ahora disfrutan se les está acabando. Ellos no tienen nada contra nadie, ni grupo étnico ni habitantes de una barriada especial, pero pueden resultarles un mal vecindario. Ellos desearían una cosa tan sencilla como el transplantar el espíritu de convivencia de sus barracas a los nuevos pisos. Ellos quisieran, apúntelo, apúntelo, que a toda aquella piña compacta de vecinos que ahora forman la trasladaran entera a un mismo bloque de viviendas...

Cuando volví con Pepe Encinas por lo de las fotos, era ya por la tarde. El sol declinaba y los vecinos, en sillitas, tomaban el fresco. Saludabas y te correspondían. Eran de una amabilidad superlativa. Hacía tiempo que no había visto una estampa tan idílica. Me retrotraía a mis tiempos de habitante de planta baja, cuando la felicidad estaba en la horizontalidad y no en la verticalidad. Pepe Encinas los retrataba y eran dóciles a sus indicaciones. Señaló el muro del cementerio. Él había hecho, en tiempos, fotos de aquel muro para Tele-Exprés. Era cuando rezumaba pestilente podredumbre procedente de los cadáveres. Los vecinos puntualizaron más. Se filtraba el suco de los muertos y salían gusanos y escarabajos. Entonces rebozaron y fortalecieron la tapia. Además de fotografiarles a ellos y a las palomas, intentó fotografiar a los gatos que corrían por entre sus piernas. Éstos se metían debajo de los coches. Pero con alguno lo consiguió.

PACO CANDEL

